

EL ATLÁNTICO NEGRO: ORIGEN Y FORMACIÓN DEL CAPITALISMO

Nicolás I. Viapiana

ISNSC (Instituto Superior Nuestra Señora del Carmen) Villa Mercedes, San Luis

Maestrando en Estudios Latinoamericanos. UNCuyo.

Investigador en el PROYECTO SECTYP-UNCUYO: "Pensamiento crítico latinoamericano del siglo XX. Expresiones filosóficas, políticas, literarias, artísticas, de las ciencias sociales".

Investigador en el Proyecto PROICO N° 4-2-8902-UNSL: "Formación Superior y Derechos Humanos".

nicoviapiana@gmail.com

Resumen

La conquista y colonización de América produjeron profundos y decisivos cambios en los modos de producción y de comercialización, determinando la manera en que se relacionarían, en adelante, las distintas partes del globo, generando múltiples teorías que han intentado explicar este fenómeno. En el presente trabajo se pretende abordar y discutir algunas categorías que han sido ampliamente debatidas, como las nociones de acumulación originaria, acumulación por desposesión, sistema-mundo, colonia, prácticas coloniales, etc., tratando de comprender y analizar el rol fundamental que tuvo la esclavitud en la conformación del sistema capitalista y sus implicancias tanto para las sociedades americanas, como para las del resto del mundo.

"El descubrimiento de América, y el de un pasaje a las Islas Orientales a través del Cabo de Buena Esperanza, son los dos acontecimientos más destacados y más importantes de la historia de la humanidad"

Adam Smith, *La riqueza de las naciones*

"...la esclavitud, promovida y organizada por los europeos en el hemisferio occidental entre los siglos XVI y el XIX, no fue un hecho accidental en la historia económica moderna. No fue un fenómeno marginal, merecedor de oprobio y vergüenza, pero felizmente superado por la marcha triunfante del capitalismo y del régimen contractual del trabajo libre que siempre parece caracterizar a las economías modernas. La esclavitud fue, antes bien, una pieza crucial en los primeros momentos de la formación del capitalismo mundial..."

Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*

Las consecuencias de la conquista y colonización de América han sido debatidas en diversos campos científicos, y se han generado múltiples teorías que han intentado explicar un fenómeno demasiado complejo, desplegando un amplio espectro de polémicas y debates

que continúan hasta la actualidad. Dentro de este vasto marco de aportes, es necesario abordar y discutir algunas categorías específicas que permitirán analizar el rol fundamental que tuvo la esclavitud en la conformación del sistema capitalista y sus implicancias tanto para las sociedades americanas, como a las del resto del mundo.

El *descubrimiento* de América implicó el inicio de profundos y decisivos cambios. Los modos de producción y de comercialización que comenzaron a desarrollarse, y que permitieron la extracción y expoliación de los recursos de las “nuevas tierras”, contribuyeron a determinar la manera en que se relacionarían, en adelante, las distintas partes del globo.

Origen de la acumulación y capitalismo eurocentrado

Siguiendo la tesis de varios autores, el siglo XVI es el primer siglo de la Modernidad. Modernidad temprana, ciertamente, pero Modernidad al fin, ya que constituye el momento en que Europa comienza su “apertura” a un “nuevo mundo” (pero que, al mismo tiempo, la vuelve a conectar con parte del “antiguo mundo”, el asiático) constituyendo, de este modo, el primer “sistema mundo” (Dussel, 2007:193).

Para analizar este periodo, es preciso desentrañar primero la visión eurocéntrica de una magna Europa medieval centralmente posicionada en el mundo, vinculada y relacionada trinitariamente a Asia y a África por el Mar Mediterráneo. La Europa latino-germánica era una civilización periférica y aislada de los centros productivos y comerciales. Pero el feudal enclaustramiento, cercado por el mundo árabe-musulmán, va comenzar a resquebrajarse, a abrirse por la acción del principado de Moscú derrotando a los mongoles al este, y por la exploración portuguesa del Atlántico sur-oriental. Pero el momento decisivo ocurrió en el año 1492, con la reconquista de los llamados Reyes Católicos de los territorios ocupados por los moros en España, y finalizando ese mismo año, y aún más categórico, Colón llegando a las costas occidentales del Atlántico.

La modernidad se funda así con la conquista, estableciendo la organización colonial del mundo. Organización colonial que muestra que la *acumulación originaria* lejos estuvo de ser un proceso interno de *acumulación de riquezas* por un “sector diligente, ascético, inteligente y ahorrativo” que actuó siguiendo el *espíritu del capitalismo*¹, sino que jugó un papel fundamental

¹ Marx critica esta cuestión como una exacerbación mítica de la economía política: “Esta *acumulación originaria* desempeña en la economía política aproximadamente el mismo papel que el *pecado original* en la teología. Adán mordió la manzana, y con ello el pecado se posesionó del género humano. Se nos explica su origen contándolo como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos había, por un lado, una elite diligente, y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros *acumularon riqueza* y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca *la pobreza de la gran masa* -que aun hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada

el continente conquistado, siendo su principal “proveedor”, tanto de vastos recursos como de mano de obra barata o gratis en abundancia, incorporándola al incipiente mercado mundial. Dicha conquista trajo aparejado la constitución de un nuevo “patrón de poder mundial” (Quijano, 2011:219): el capitalismo eurocentrado.

La noción marxista de *acumulación originaria* abre un abanico de posibilidades para pensar el capitalismo y su posterior desarrollo, pero encuentra sus límites en el análisis de la relación de explotación, expropiación y dependencia entre las metrópolis y las colonias o periferia, que va desde dicho siglo hasta nuestros días. Por ello, la categoría de *acumulación por desposesión* postulada por David Harvey, constituye una valiosa herramienta teórica para entender dicha acumulación como un proceso continuo que aún no termina². Más aún, sería conveniente entender estos procesos como el *origen de la acumulación* de capital, que, más que una diferencia de carácter semántico, implica una reversión respecto a los modos de comprender el surgimiento y desarrollo del sistema capitalista: es a partir de la conquista de América que el capital comienza a acumularse.

La discusión alrededor del surgimiento del capitalismo, que llevó a algunos a calificar esta etapa como un modo de producción *transicional, precapitalista o protocapitalista*, radica en la existencia de relaciones sociales de producción dominantes en las colonias (esclavitud, servidumbre, peonaje, levas, etc.) -a las que Marx denominó de coacción extraeconómica-, y el modo capitalista de explotación de la fuerza de trabajo asalariada -o intraeconómica-, dominante de forma gradual en las metrópolis.

El problema no debe centrarse en la preponderancia, sino en la articulación de los diferentes modos de producción; porque no se produce una transformación, superposición o sustitución de las relaciones de producción, sino una combinación del capitalismo mundial con

que vender salvo sus propias personas- y *la riqueza de unos pocos*, que crece continuamente, aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace mucho tiempo” (Marx, K. *El capital*, pág. 891).

² Para Harvey “denominar “primitivo” u “originario” a un proceso en curso parece desacertado” y va a “sustituir estos términos por el concepto de “acumulación por desposesión””. “Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria revela un rango amplio de procesos. Estos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad –común, colectiva, estatal, etc.– en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y consumo alternativas; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; la monetización de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; el tráfico de esclavos; y la usura, la deuda pública y, finalmente, el sistema de crédito (Harvey, D. *El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión*, pág. 113).

la coacción extraeconómica local, propia de las colonias. De esta manera, la colonia no constituye una formación dependiente de un sistema que se encuentra por encima, sino una parte o elemento que se articula subordinadamente con el capitalismo metropolitano, formando un solo sistema.

Samir Amin, en *Los desafíos de la mundialización*, ilustra claramente este fenómeno: “El capitalismo realmente existente, como fenómeno mundial, no puede reducirse al modo de producción capitalista y ni siquiera puede asimilársele. Esto, porque el modo de producción capitalista supone un mercado integrado tridimensional (de mercancías, capital y trabajo) que define la base a partir de la cual funciona. Ahora bien, esta integración, que se construyó en efecto en el marco de la historia de la formación de los estados nacionales burgueses centrales [...], jamás se hizo extensiva al capitalismo mundial. En su expansión, el mercado mundial es nada más bidimensional e integra poco a poco los intercambios de productos y la circulación del capital, en tanto que el mercado de trabajo queda compartimentado” (Amin, 1999:65).

Es decir que el trabajo, al quedar compartimentado, responde a diversas lógicas, lo que implica formas de producción combinadas. Se dan tanto por coacción intraeconómica como extraeconómica, lo que la diferencia de las formas previas a la modernidad. Ya que, si bien se reconocen como relaciones de trabajo pre-capitalistas, son de un nuevo tipo, pues tienen una nueva función: responden a todo el sistema (no solamente a una parte de él), el de la economía mundo capitalista. Existen, como explica Grüner, diferencias fundamentales entre estas nuevas funciones y dichas relaciones de trabajo pre-modernas: la de “asignar parte del excedente o asignar la mayoría del excedente al mercado; la diferencia entre producir para un mercado local o para un mercado mundial; la diferencia entre una clase dominante que gasta sus ganancias, y otra que está motivada para maximizarlas y reinvertir una parte de ellas” (Grüner, 2010:195).

El capital, entonces, es el producto que resulta de una relación dialéctica, donde una de sus partes se constituye como hegemónica. Tal relación, por sus características de dominación, estableció un desarrollo desigual entre las partes fruto de la combinación; ya que, como dijimos, la lógica de acumulación requería de formas o relaciones de producción pre-capitalistas –si cabe hoy tal categoría-, pero que adquirieran una nueva significación. De esta manera, el sistema-mundo capitalista se desarrolla de modo desigual y combinado, pero siempre actuando y respondiendo bajo la lógica de acumulación en sentido capitalista³.

³ Esta combinación en aras de la acumulación, continúa siendo la forma en que se desarrolla el sistema capitalista. Salvando las distancias temporales, pero ofreciendo un claro ejemplo de su funcionamiento en la actualidad, algo parecido sucede con las últimas medidas adoptadas por la Unión Europea, declarando que las actividades ilícitas deben ser incluidas en las cuentas nacionales para que se puedan hacer “comparaciones” consistentes entre países, de sus PBI correspondientes. La inclusión de dichas actividades en el PBI fue llevada a cabo en Europa a partir de septiembre de 2014. La economía británica,

Capitalismo y prácticas coloniales

A partir del siglo XVI la esclavitud constituyó la piedra angular o base del desarrollo del capitalismo mercantil o comercial, y éste, a su vez, los cimientos del capitalismo industrial. En *Capitalismo y esclavitud*, Eric Williams, realiza un esclarecedor estudio donde demuestra la contribución de la esclavitud al desarrollo del capitalismo industrial, principalmente británico. En él muestra que, con el dominio del Atlántico iniciado por Portugal y España a finales del siglo XV, y especialmente en el XVI, se abre un nuevo horizonte, en los dos siguientes siglos, de desarrollo para Holanda, Francia e Inglaterra. América y África constituyen la contrapartida de este desarrollo, como el otro dominado y explotado de la economía atlántica.

Así como el comercio triangular transformó drásticamente a Europa, también lo hizo con África y América. Este proceso implicó que once millones de africanos fueran desarraigados, esclavizados y transportados a América para proveer de fuerza de trabajo a las nuevas colonias. Lo que dejó a África sumida en una situación de vulnerabilidad y violencia que perdura hasta la actualidad⁴. Los pueblos nativos de América no fueron ajenos a esta situación,

por ejemplo, se benefició de un empujón de US\$1.700 millones gracias al dinero que mueven las drogas ilegales, el trabajo sexual y el tráfico de armas. De este modo, las diversas actividades comerciales o modos de producción consideradas ilegales o que se encuentran por fuera del llamado trabajo libre, se combinan o articulan al capitalismo formando un solo sistema. Es decir, por medio de las actividades ilegales, el PBI de los países de la eurozona aumenta significativamente.

De la misma manera, en el siglo XVIII, Voltaire criticaba el comercio de esclavos considerándolo causa de desastres, pero al mismo tiempo lo justificaba en nombre de los intereses financieros o comerciales franceses, ya que, si Francia hubiera tenido que comprar aquello que la explotación de esclavos le proveía, eso hubiera significado un absurdo exceso de gastos para la metrópoli.

Vemos que el discurso de la Unión Europea no es nuevo: la sanción es moral y discursiva, pero los beneficios económicos son más importantes. La cuestión es que, como afirman en el medio BBC, “No importa de dónde viene o para dónde va: si circula, es mejor contarlo, para Europa”, “Dinero es dinero”. http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/06/140604_economia_drogas_prostitucion_finde_dv

⁴ Cf. Rodney Walter, *Cómo Europa subdesarrolló a África* (2011). En dicha obra, el autor explica la forma en que la explotación de África, iniciada en el siglo XV por los colonialistas europeos, condujo al subdesarrollo a la mayor parte del continente, logrando que esta zona geográfica sea la más pobre del planeta.

sufriendo el régimen luso hispano de la encomienda y de la mita; además de las otras consecuencias que produjo la conquista, como se explicará más adelante.

Si bien la economía atlántica supone un circuito triangular comercial, el eje que lo sostiene es el tráfico de esclavos africanos para las grandes plantaciones del Caribe bajo dominio europeo, cimentando el capital de sus naciones. Tal desarrollo supone un quiebre decisivo en la historia: el pasaje de una Europa periférica con escaso desarrollo comercial en el mediterráneo, como ya hemos explicado, pero que por ello se abrirá hacia un sistema-mundo, centrado en el Atlántico.

El circuito del comercio triangular se iniciaba con la partida de barcos desde Europa hacia África con productos manufacturados. Estos productos eran intercambiados por esclavos y, a su vez, generaban ganancias. Los barcos, ahora cargados de esclavos, llegaban a América. En estas tierras, éstos eran los encargados de extraer las materias primas que luego serían enviadas a Europa para ser manufacturadas. Este sistema no era exclusivo, pues paralelamente se desarrollaba el comercio directo entre las metrópolis y las colonias. Estos sistemas comerciales posibilitaron la creación de pequeñas industrias (agropecuaria y pesquera) en las colonias para el abastecimiento de los esclavos y de sus propietarios; pero fundamentalmente generaron los capitales suficientes para el posterior desarrollo industrial de Europa. Hacia 1750, como afirma Williams, “no existía en Inglaterra una ciudad manufacturera o mercantil que no estuviera conectada, de alguna manera, con el comercio triangular o el tráfico directo con las colonias” (Williams, 2011:92).

La gran empresa comercial de la esclavitud trajo aparejado un nuevo sistema que permitiría una mayor eficiencia en términos de producción y comercialización. Las tecnologías y/o técnicas modernas funcionaron, y muchas siguen funcionando, como prácticas de apropiación, de conquista y de dominio sobre la naturaleza y los hombres. Las técnicas modernas responden al capitalismo posibilitando la acumulación de capital, alcanzando un gran nivel a partir de la Revolución Industrial del siglo XVIII. La llamada segunda técnica (introducción planificada de instrumentos nuevos), que Bolívar Echeverría⁵ retoma de Mumford para su análisis de la Modernidad, entra en simbiosis con el capitalismo y su fin no es otro que el de lograr una ganancia extraordinaria. La organización del trabajo esclavo a gran escala, y el intercambio mundial de mercancías, llevó a que dicha organización se hiciera cada vez más compleja en cada una de sus instancias o momentos: transporte, distribución, aprovisionamiento, procesamiento, etc. Un ejemplo característico, es el desarrollo de la astronomía junto a la tecnología de la navegación en los primeros siglos de la modernidad, que nacieron fruto de la necesidad de abrir el comercio fuera de Europa. Como afirma Dussel, “el comercio es el origen del interés tecnológico y científico de la modernidad temprana” (Dussel, 2014:91). El desarrollo tecnológico y/o técnicas modernas han sido objeto de múltiples

⁵ Cf. Echeverría, B. *Crítica de la modernidad capitalista*. 2011.

estudios, principalmente en su vinculación con el desarrollo del capitalismo; pero no nos detendremos en ellos, ya que no es el objeto del presente trabajo.

A raíz de la esclavitud, uno de los ejes fundamentales del capitalismo eurocentrado para consolidarse como patrón de poder, fue la introducción de una nueva clasificación social de la población mundial: la idea de raza; que tiene origen y carácter colonial. Pero, para poder entender el surgimiento de la esclavitud de los negros, es necesario remontarse a la experiencia de la servidumbre de los blancos. Todo el sistema de tráfico de esclavos hacia América y de explotación de las plantaciones se establece sobre una estructura de sirvientes blancos ya desarrollada: los pobres y “ociosos” eran enviados a América para servir a sus metrópolis, ya fuera de manera voluntaria u obligados; los sucesores inmediatos del indio fueron entonces, los blancos convictos, desocupados y campesinos que huían de la opresión. El cambio de “sujetos” de explotación se produce por una razón principalmente económica: los negros eran considerados más fuertes y más baratos que los blancos y los indios. La idea de raza surge posteriormente como justificación de la esclavitud. “Los rasgos del hombre, su cabello, color y dentadura, sus características «sub-humanas», tan ampliamente comentadas, fueron sólo las posteriores racionalizaciones que se emplearon para justificar un simple hecho económico: que las colonias necesitaban trabajo y recurrían al trabajo de los negros porque era el más barato y el mejor” (Williams, 2011:49).

Se estableció entonces una diferenciación entre explotadores y explotados sin duda de modo racista. Conforme a un “orden natural” se propuso una supuesta diferencia en la estructura biológica, que ubica a unos (los blancos, posteriormente los europeos) en situación de superioridad respecto a los Otros, los indios y los negros. “La idea de raza en su sentido moderno, no tiene historia conocida antes de América. [...] La formación de relaciones sociales fundadas en dicha idea, produjo en América identidades sociales históricamente nuevas: *indios, negros y mestizos* y redefinió otras. Así términos como *español* y *portugués*, más tarde *europeo* que hasta entonces indicaban solamente procedencia geográfica o país de origen, desde entonces cobraron también, en referencia a las nuevas identidades, una connotación racial. Y en la medida en que las relaciones sociales que estaban configurándose eran relaciones de dominación, tales identidades fueron asociadas a las jerarquías, lugares y roles sociales correspondientes, como constitutivas de ellas y, en consecuencia, al patrón de dominación colonial que se imponía. En otros términos, raza e identidad racial fueron establecidas como instrumentos de clasificación social básica de la población” (Quijano, 2011:220).

A partir de tal idea se produce una nueva división del trabajo, es decir una división *racial* del trabajo. El indígena destinado a la encomienda, la mita y las haciendas, se encontraba confinado entonces a la servidumbre; los europeos accedían a los cargos dirigenciales; los sectores de menor rango frente a la nobleza se podían dedicar a distintas actividades como el comercio, la agricultura, incluso a evangelizar; y los negros, trabajaban

principalmente en las plantaciones como esclavos. Exclusivamente los blancos recibían salario, quedando excluidos indios, mestizos, negros, mulatos, etc., así la vinculación salario - raza fue determinando paulatinamente las relaciones productivas. El criterio es totalmente colonial: mientras los conquistadores o colonizadores cobraban un salario, los colonizados no recibían pago alguno. Los sectores explotados producían “un *excedente* por sobre el costo de producción de las mercancías que [eran] obligados compulsivamente a producir. Ese excedente, [...] se transfiere a Europa y se transforma en una riqueza (extraída de las colonias) que aparece como ganancia, que se integra sin diferencia al *plusvalor* producido por el asalariado europeo (que se venía formando como clase desde el tiempo de las ciudades medievales). De manera que el *excedente* de indígenas amerindios y esclavos africanos, aunque no es formalmente plusvalor cumple la misma función dentro del mercado europeo, como *ganancia comercial* (que, por otra parte, se integra igualmente a la *ganancia financiera* cuando el capital se presta a interés o en forma de créditos por los nacientes bancos europeos)” (Dussel, 2014:69).

Tal clasificación responde claramente a una racionalidad económica que trata de justificar y sostener el eurocentrismo colonial. El enunciador europeo se posiciona en una escala superior, otorgando legitimidad a las relaciones jerárquicas del nuevo orden social. Para que estas relaciones sean posibles es necesaria una concepción del Otro que valide su explotación. Para reafirmar esta concepción es que se construye la idea de raza. Esta idea nunca fue neutral, objetiva o meramente descriptiva; es una invención que nada tiene que ver con procesos biológicos, y que, por lo tanto, no es parámetro válido de determinación; sino que se funda con el propósito de instituir relaciones de dominación.

Las “virtudes” corresponden a la concepción que de ellas tenga el sujeto que las enuncia, por lo tanto, no se incluyen los contenidos enunciados desde *otras* culturas, estableciendo la propia como categoría universal. “Esta construcción tiene como supuesto básico el carácter *universal* de la experiencia europea. [...] Al construirse la noción de la universalidad a partir de la experiencia particular (o *parroquial*) de la historia europea y realizar la lectura de la totalidad del tiempo y del espacio de la experiencia humana a partir de esa particularidad, se erige una universalidad radicalmente excluyente” (Lander, 2011:20). Esto significa poder declarar la inferioridad de otras culturas simplemente por ser *otras*. En consecuencia, la dominación y la explotación de ese Otro eran justas y naturales.

Una de las consecuencias de la introducción de la idea de raza y las clasificaciones jerárquicas fue que toda la producción cultural, de conocimiento, imágenes o símbolos no europeos (indígenas y negros) se subvaloró, situándolos en condición de inferioridad. La dominación no sólo implicó un proceso militar, político y económico, sino que requirió la tarea de crear una “visión” al interior del dominado – colonizado. Frente a la explotación que llevó poco a poco a la muerte de miles de indios y esclavos, y la consecuente pérdida de mano de obra barata o gratis (en abundancia) los conquistadores debieron implementar un relativo

cuidado de la “mercancía”, mejorando las condiciones de subsistencia de los mismos. Pero esto representaba un potencial problema para el colonizador, si bien mantendría la mano de obra requerida para el fin de la explotación de la tierra, produciría, al mismo tiempo, un cuerpo capaz de rebelarse. “En efecto, lo más perturbador de los esclavos desde el punto de vista del amo no era la “diferencia cultural”, sino la *similaridad* básica entre él mismo y sus “objetos de propiedad”. [...] Reactivamente, pues, el amo que trataba a sus esclavos como subhumanos revelaba sentimientos de miedo y agresión derivados de su *saber* de que eventualmente los esclavos *podrían* apoderarse de su plantación, de sus riquezas, de sus mujeres, si tuvieran la oportunidad” (Grüner, 2010:231). Para neutralizar esta posibilidad fue necesario poner en marcha una “colonización de la subjetividad”, ya no solo de los cuerpos. Dicho de otro modo, luego de la Conquista geopolítica de América se debió controlar el imaginario de los nativos y de los esclavos africanos; de esta manera quedaban incorporados definitivamente al nuevo orden establecido.

La colonia se compuso de múltiples elementos que funcionaron, no como complementos, sino que fueron inherentes al sistema capitalista. La idea de raza fue acompañada por una simplificación de las identidades que englobó a todas las poblaciones originarias bajo el nombre de “indio” y a todos los esclavos africanos como “negros”, dotándolos de una connotación negativa y eliminando sus particularidades culturales. Los procesos de aculturación impidieron las formas de objetivación tradicionales de los dominados, su arte, religión e idioma fueron prácticamente eliminados. A su vez, la diversidad del colonizador se simplificó bajo los epítetos de blanco y europeo, sin importar procedencia, y dotó a esta población de una imagen de superioridad. Las instituciones también respondieron a la lógica de dominación colonial, ya que los modos de organización, determinados por la clasificación social, establecieron las formas de explotación, control del trabajo y relaciones de género. La relación dialéctica entre cada uno de estos componentes se articula o combina siempre respondiendo a la lógica de acumulación que el sistema-mundo capitalista requiere para su funcionamiento. Como ya dijimos, la colonia no constituye una formación dependiente de un sistema que se encuentra por encima, sino que, con todo, se articula, interna, externa y subordinadamente al capitalismo metropolitano, formando un solo sistema.

Como hemos visto, la esclavitud promovida y organizada por los europeos entre los siglos XVI y el XIX, no pertenece ni es un lastre del pasado (antiguo o medieval) -mucho menos el colonialismo- sino que constituye una parte esencial y necesaria en y para el desarrollo del capitalismo mundial. Por lo tanto, la problematización y discusión de la esclavitud moderna como una “categoría económica de elevada importancia” (en palabras de Marx), nos permite profundizar el análisis y la comprensión del origen y desarrollo del sistema capitalista mundial.

Bibliografía

Amin, Samir (1999): *Los desafíos de la mundialización*. Siglo XXI. México.

Dussel, Enrique (2014): *16 tesis de economía política. Interpretación filosófica*. Siglo XXI. México.

Dussel, Enrique (2007): *Política de la Liberación. Historia mundial y crítica. Tomo I*. Editorial Trotta. Madrid.

Echeverría, Bolívar (2011): *Crítica de la modernidad capitalista*. Oxfam / Vicepresidencia del Estado. La Paz.

Grüner, Eduardo (2010) *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*. Edhasa. Buenos Aires.

Harvey, David (2005): *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión*. Socialist register 2004 (enero 2005). CLACSO. Buenos Aires.

Lander, Edgardo (2011): *Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos*, en Lander, Edgardo, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Ediciones CICCUS. Buenos Aires.

Marx, Karl (2009): *El capital. Tomo I, Vol. 3. El proceso de producción de capital*, Siglo XXI. México.

Quijano, Aníbal (2011): *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, en Lander, Edgardo *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Ediciones CICCUS. Buenos Aires.

Viapiana, Nicolás (2013): *El discurso de la Modernidad Temprana: justificaciones a la expansión europea*. PERSPECTIVAS. Revista de divulgación académico – científica del Departamento de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, UNRC. Año IV, Volumen I. Agosto.

Williams, Eric (2011): *Capitalismo y esclavitud*. Traficantes de sueños. Madrid.